

031 EL EXTRAÑO

Blanca Rovira

La vida pasaba silenciosa, de puntillas, como si no quisiera molestar. De vez en cuando mi hijo asomaba la cabeza, “ ¡estoy aquí, mamá! “ Y yo levantaba la vista del ordenador y le sonreía. Era un privilegio compaginar el oficio de la escritura con la maternidad. Lo sabía y lo disfrutaba como una etapa plácida que nunca iba a terminar.

Hasta que un día, la vida, cargada de hormonas feroces, se atrincheró en su habitación:

-¡No entres, mamá!

Todo cambió. Mi hijo, mi vida, se convirtió en un ser arisco, inaccesible, un extraño para mí. Miraba hacia atrás buscando en qué momento Alberto había escapado de mi regazo, qué me había pasado desapercibido, y solo encontraba indicios que me inquietaban.

Alberto era un niño miedoso, a menudo sufría pesadillas que le hacían gritar dormido y que acababan con sollozos ahogados en mis brazos. Cuando le oía removerse bajo las sábanas saltaba de mi cama hacia su dormitorio, “tranquilízate, mamá está aquí contigo”. Y mamá se dormía abrazada a su pequeño noche sí, noche también.

Empecé a sospechar que mi hijo había crecido con el corazón demasiado sensible y la imaginación desbordada por los cuentos que su padre le leía cuando se acostaba..

Boquiabierto y con la mirada fija en los labios de su padre, Alberto movía los suyos repitiendo en voz baja los diálogos hasta que sus párpados se cerraban de sueño. Alberto pasaba ya de los diez años y aun nos sorprendía con sus visiones mágicas.

-¡Papá, mira, mira! Peter Pan y los niños perdidos, ¿los ves, los ves? Allá, junto al puente, ¡corre, míralos que se van!

En otras ocasiones, cuando le reñíamos por una travesura, surgía un personaje imaginario, “¿por qué lo has hecho?” “es que me lo ha dicho el duende, mamá”. Sí, el duende del bosque vivía dentro de su cerebro, “¿estás seguro cariño?” Y yo veía un algo extraño

debajo de los párpados alicaídos. “Mamá, es verdad” me decía su mirada triste, “es un duende rojo, cuando cierro los ojos me habla”.

Todos esos retazos me aparecían como flashes, como si fueran un mensaje que debía descifrar. Quizás yo había permanecido demasiado tiempo en las nubes literarias.

Me acordaba de mi hermano pequeño, Miguel, y su adolescencia de manual. Muchas noches, en mi duermevela me aparecían escenas remotas: mi madre secándose las lágrimas con el delantal, mi padre aporreando la mesa, los ojos asustados de mi hermana.

Y ahora Alberto se alejaba de mí. No hablaba. Se fue replegando y yo sólo palpaba un rechazo que no entendía. Incluso un comentario tan anodino como “necesito el ordenador para terminar un relato” provocaba una mirada desafiante, un gesto airado.

- No lo entiendo -me decía mi marido- conmigo tiene una actitud normal, quizás es tu respuesta o tu exceso de preocupación que le agobia ¿no crees? Déjale respirar, mujer, debe equivocarse, aprender y crecer, está tanteando, y a ti también.

Empecé a escribir con obsesión. Una terapia muy prolífica que me absorbía la mente, me agotaba y me empujaba hacia el sueño como una marmota. Estaba contenta porque me publicaban todo lo que escribía. Mientras, intentaba acercarme a mi hijo sin gestos demasiado maternales, le dejaba los relatos sobre la mesa durante un par de días y los recogía intactos. Cuando ya pensaba que no le interesaba nada que viniera de mí, me sorprendió.

Ese día me habían citado en la escuela. Nos reunimos el tutor, Alberto, mi marido y yo. Mi hijo se había peleado con un compañero más pequeño que él, y cuando le preguntamos los motivos respondió:

-Me ha provocado, yo sólo quería darle una lección, si no quiere problemas que no se meta con los mayores.

-¿Cómo que una lección? - exclamó mi marido indignado.

No podía creerlo. Busqué los ojos de Alberto y cuando por fin capturé su mirada no parpadeó ni la desvió, la mantuvo firme, descarada. Había repetido la transcripción literal de las palabras y los hechos de un relato mío. Me asusté.

De noche veía la sombra de mi hijo paseando a oscuras por casa, me levantaba de la cama despacio y cuando me acercaba a su habitación oía cómo cerraba la puerta con sigilo. Quieta en el pasillo, casi sin respirar, intentaba interpretar la ausencia de ruido. El pulso me latía con fuerza ¿espiaba a mi hijo? Cuando se apagaba la luz me acostaba y soñaba que se quemaban todos mis libros en una hoguera mientras Alberto y mi marido se mofaban de mis lágrimas. Aun arrastraba el temblor del último episodio.

Sucedió pocos días después de la entrevista en el colegio. Había castigado a mi hijo sin salir porque le había pillado con otra de sus mentiras. Pero se rebeló, se plantó delante de la puerta de casa.

-¡Déjame salir! ¡Voy a salir! -Me decía gritando como un poseso.

Le cerré el paso y, de repente, se volvió alzando el puño y lo aplastó contra el espejo del recibidor. Ahogué un grito. Mil pedazos de cristal tintineaban dentro de mi cabeza, por el aire, por el suelo...

Llamé a mi hermano Miguel y le pedí el teléfono de su psicóloga. Alberto y él se llevaban bien, mi hermano era el tío enrollado que mi hijo admiraba, “¿quieres que hable con él?” Miguel tardó una semana oscura en llamarme.

-Mira, te voy a hablar claro: tu hijo no te soporta, Ana --sentí un arañazo-- pero forma parte de una etapa de transición.

-¿Fuma porros? Sabes, esas reacciones violentas me hacen pensar que...

-¡Para! Y escucha. Actúo de detective, no de delator. Como te decía, está en su momento de rechazo, buscándose, huye del control de mamá. Además, no le gusta lo que escribes.

-¿Pero qué tonterías dices? ¿Qué tienen que ver mis cuentos?

No podía perder más tiempo esperando que las hormonas se calmaran. Llamé a la psicóloga. Con mi marido decidimos que sería él quien le comunicara que habíamos pedido una cita para evitar otro conflicto.

-A mí no me pasa nada, Es ella quien se inventa historias, lo del espejo es una prueba, papá, tu lo sabes. Está loca. Seguro que la idea del psicólogo ha sido suya.

Y yo, escuchando tras la puerta, me sentí un poco herida y un poco loca, tal vez el personaje de un cuento que no quería interpretar.

En la segunda sesión la psicóloga quiso hablar conmigo. En la estantería vi un ejemplar de mi libro de cuentos.

- Ana, ahora háblame de tus relatos, tienes una historia sobre una joven que no quería tener hijos y se quedó embarazada ¿verdad?

- Sí, hace años que la escribí, trata de una novelista que empezaba a publicar cuando quedó embarazada y decidió abortar, pero el propio embarazo va modificando ese sentimiento de rechazo. He escrito algún otro cuento sobre la mujer y la maternidad.

- Había un padre, supongo, ¿y este padre qué opinaba? ¿Interviene en la decisión?

- El padre deseaba muchísimo aquel hijo, por lo que ella sufre una lucha interna importante.

La psicóloga me escuchaba sin tomar notas.

- Ana, ¿has escrito un cuento sobre un chico violento que discute con su madre y rompe un espejo?

- Sí, ¿cómo lo sabes? Si no lo he publicado, no lo ha leído nadie.

Así descubrí que mi hijo me leía, y que la vida, cuando pasaba junto a mí demasiado ruidosa, yo la recogía y la incluía en un cuento traspasando una línea muy fina.